

RÉMORA SOCIETARIA
Anselmo Lorenzo

Biblioteca de la Agrupación Sindicalista.-N.º 1

AN 75
206

ANSELMO LORENZO

REMORA SOCIETARIA

CONFERENCIA LEIDA EN SABADELL

EL DIA 15 DE ABRIL DE 1905



SABADELL

Imprenta y Encuadernaciones de M. Ribera

Calle Santo Domingo, 34

1905

CONFERENCIA LEÍDA EN SABADELL
EL DÍA 15 DE ABRIL DE 1905

RÉMORA SOCIETARIA

Compañeros:

He aceptado la proposición de dar una conferencia en Sabadell, a pesar de las dificultades que casi me incapacitan para ello, porque tengo que decir algo que pienso y que juzgo necesario exponer, que no me atrevería tal vez a decirlo ante otro auditorio obrero. Pero yo os conozco; sé que sois discutidores y razonadores, quizá algo más de lo que conviene para que las voliciones tengan cumplida práctica; y sé que tenéis gran respeto a todas las opiniones, quizá también excesivo, porque lo que merece los grandes respetos y los respetuosos acatamientos es la verdad.

Y fundo esta preferencia, en que sé que vosotros, por el estudio y discusión habitual de asuntos filosóficos, políticos y sociales, tenéis criterio propio, y no os asustarán ciertas críticas sobre el principio de asociación, como asustarían a trabajadores de otras localidades que por varias causas están en el *a b c* de la sociología, y creen como principio axiomático que la asociación es a la revolución social lo que las trompetas del ejercito de Josué, aquél que mandó parar al sol, a los muros de Jericó.

Mi atrevimiento para deciros algo que acaso os contraríe, se funda en que os tengo por desapasionados y hombres de razón serena, y no os digo esto en tono de alabanza, porque, a mi juicio, la razón y la pasión constituyen el hombre equilibrado, en tanto que el pensador

frío que comprende y sabe, y deja la voluntad dormida porque la pasión no la excita, queda debajo de la línea del nivel moral.

Me propongo, pues, dar una voz de atención sobre una corruptela, una desviación, un abuso que se comete acerca del principio de asociación, convirtiéndole, de poderoso medio de salvación que puede ser, en un eslabón más de la cadena que nos sujeta a la esclavitud de la explotación.

Un día que se recordará en la historia como principio de un acontecimiento trascendental, se publicó un manifiesto dando cuenta de una Asociación que se proponía reunir todos los trabajadores del mundo en un pensamiento, en una voluntad y en una acción común para destruir la esclavitud del salario y realizar su emancipación social ¡qué pensamiento tan bello y tan grande! se trataba de la ¡Asociación Internacional de los Trabajadores!

En aquel documento se hacía una afirmación perfectamente razonada, que era como la sentencia mortal del privilegio: consistía en el siguiente dato:

Es positivo que la miseria de las clases obreras no disminuyó en el período de 1848 a 1864; y sin embargo, ese período excepcional no tiene ejemplo en los anales de la historia por el progreso realizado por la industria y el comercio.

En 1850, uno de los órganos más autorizados de la clase media inglesa profetizó: “Si la exportación e importación de Inglaterra aumentase un 50 por 100, el pauperismo inglés quedaría reducido a cero”.

Pues bien, el 7 de Abril de 1864, Gladstone, ministro de Hacienda, sorprendió agradablemente a la Cámara de los Comunes declarando que el total de la importación y exportación de la Gran Bretaña en 1863 ascendía a cerca de 444 millones de libras esterlinas; “cantidad maravillosa, casi tres veces mayor que el total de 1843”. Cuadro tan halagüeño tuvo este aterrador contraste al hablar el ministro acerca de la miseria de los desheredados: “Pensad, señores en los que están en el abismo de la miseria; en los salarios no aumentados, y en que de cada diez hombres nueve sostienen una lucha terrible contra la miseria”.

Este dato, repetido en su esencia constantemente desde entonces hasta el día, demuestra que el capitalismo absorbente que constituye el régimen de usurpación propietaria en que se estanca toda actividad, forma un obstáculo al movimiento, a la evolución progresiva de la humanidad, formando a fuerza de fuerzas y de iniquidades el estacionamiento antinatural e irracional de la época presente, tras el cual hay irremisiblemente uno de estos dos términos: o la muerte por corrupción, o la vida por la revolución social.

En opinión a esa idea de muerte había otra idea vivificante en el manifiesto citado, la de reunir todos los desheredados, todos los explotados, hacerles conscientes de su derecho, amantes de su libertad, para que por sí mismos, todos unos, sin distinción de creencia, color ni nacionalidad, se lanzaran a luchar por su emancipación.

Examinad el asunto del modo que queráis, siempre que juzguéis con sana razón, libre de todo prejuicio: cualesquiera que sean los sucesos locales o temporales de cada país, no falla nunca la conclusión que dieron los primitivos internacionales: el progreso es imprescindiblemente necesario; la burguesía es fatalmente estacionaria; habiéndose hecho incompatible con lo que es condición vital, ha de ceder el puesto a otro elemento, dejando a otro cuerpo social el cuidado de progresar: este somos nosotros, compañeros, el proletariado; lo que se desdeña por pobre, por ignorante; que se tortura y se veja de mil maneras desde el poder y que se adula desde la oposición; que vive reducido a condición ínfima siendo la primera fuerza social; eso es la esperanza de salvación de la sociedad.

Claro es que los que tienen dinero y osadía se burlarán de nosotros; que los que tienen poder y autoridad nos echarán encima el sambenito de las leyes que hicieron los anteriores privilegiados y que hacen cada día, para que, obedeciéndoles, prestemos acatamiento a sus tiranías; que los que se dan diplomas universitarios, acreditando que saben la ciencia oficial concordada con el dogma y con la ley, nos tacharán de ignorantes. Pero el resultado es siempre

este: los usurpadores de la riqueza social no pueden progresar, lo impide el bagaje de sus gangas, la poltronería de sus comodidades, la soberbia de su engrandecimiento y hasta su ineptitud para el pensamiento y para el trabajo, que a lo sumo se aviva para el cálculo del negocio; en tanto que los trabajadores, estimulados por el deseo, por la aspiración a vivir y a gozar libremente, son el elemento reconocidamente preciso y suficiente para dar a la sociedad humana el vigor progresivo necesario.

Y la lucha está planteada; no hay tregua: de una parte están los gobiernos, servidores de la burguesía, formulando por todas partes y a cada momento leyes de excepción para las sociedades obreras, para las huelgas, para la emigración, para la expulsión de trabajadores distinguidos por su capacidad intelectual, cuando no convirtiendo la fuerza pública en servidora vilmente parcial de los ciudadanos de primera.

De tal modo está planteada la lucha, que hasta esa desviación más o menos grande, según los accidentes transitorios, que separa a los trabajadores del puro ideal para llevarlos al patronato de San José, a la Fraternidad republicana, a la Unión General de Paulino o Pablo Iglesias o al baratillo cooperativo, es agitación obrera emancipadora, aunque engañada, sometida a una clase nueva de explotación que puede denominarse el protectorado de los falsos redentores, que quiere que los trabajadores que les sigan se consideren siempre menores, incapaces de emanciparse por sí mismos, y va-

yan detrás del que les conduce al cielo, del que les promete leyes que les haga hombres libres, del que les muestre el medio de adquirir el poder político o del que les salve con el tanto por ciento, aplicando a la cuestión social el famoso *similia similibus curantur*, o un clavo saca otro clavo, o contra el tanto por ciento que mata está el tanto por ciento que da salud y larga vida.

Sí; esos trabajadores, ilusos de momento, ya no pueden ser cristianos, ni republicanos, ni socialistas, ni cooperativos fieles, les falta la fe en el camino que emprenden por faltarles luz en el que abandonan, y se sirven de la luz prestada y artificiosa de los que se les ofrecen como guías; pero en cuanto las promesas se desvanecen al choque de la realidad; cuando la limosna sirve de afrenta; cuando el programa democrático evaporado deja al descubierto el político de oficio; cuando las cuotas societarias se convierten en cifras muertas en los estados de cuentas, y cuando la ganancia cooperativa, si no fracasa, convierte en mezquino accionista, chupador de dividendos, al hombre capaz de sentir con plena intensidad las grandezas del Amor, de la Ciencia y del Arte en la integridad de su libertad inmanente; entonces, esos obreros, si la decrepitud física o el pesimismo no los ha inutilizado por completo, vuelven al salvador principio, a la Anarquía, y si ya no pueden emplear grandes energías en su defensa, todavía sirve su triste experiencia para ilustrar a los muchachos que vienen a formar el grupo de los precursores.

Pero en esta vía emancipadora ¡cuánto hay que trabajar! Sabéis lo que es el atavismo: esa dependencia hereditaria a que en lo moral y en lo físico nos vemos sujetos, si como ley natural conserva las especies modificadas por la adaptación al medio y la evolución progresiva, como ya sabe hoy todo el mundo por la difusión de la ciencia contraria a la tradición bíblica, nos lega también todas las imperfecciones físicas no combatidas ni modificadas, lo mismo que todas las costumbres y todas las supersticiones no rectificadas o destruidas por la razón.

Un estudio sobre este asunto respecto a la transmisión de los errores religiosos, jurídicos y políticos sería muy interesante e instructivo: por falta de competencia y aún de tiempo renuncio a hacerlo; pero no renuncio a haceros tres indicaciones a título de ejemplo:

1.^a Después de veinte siglos de religión cristiana todavía se encuentran entre nosotros lozanas y frescas costumbres paganas: los aguinaldos, una, y las fiestas del sol, otra, que se celebran el día del solsticio de verano con las hogueras llamadas fuegos de san Juan, sin contar otras muchas.

2.^a Hoy, en plena democracia, cuando todo hombre es elector y elegible y puede llegar desde sereno hasta presidente del Consejo de ministros o hasta equivalente a rey en la futura república, tenemos la propiedad regida por leyes que recuerdan las inspiraciones de la ninfa Egeria a Numa Pompilio unos siete siglos antes de la era cristiana.

3.^a Hallándonos al final del régimen autoritario, causante principal de todos los males sociales, fundado en la supuesta maldad innata en la naturaleza humana, y en el sofisma que establece que unos cuantos salidos de entre los malos han de servir de garantía para el cumplimiento del bien para todos; cuando el más rudimentario buen sentido debiera aniquilar todo gobierno y derogar, abrogar o aniquilar toda ley, siquiera para no dar patente de inculpabilidad a tanto inmoral mandarín, todavía ha de soportar uno preguntas como estas: ¿cómo se arreglarán ustedes los anarquistas para que todos vivan en primer piso con balcón a la calle y vistas al campo? ¿quiénes escribirán libros, darán el do de pecho o limpiarán las alcantarillas? ¿cómo se arreglará la distribución de perdices, vino de Jerez y cigarros habanos? ¿qué se hará cuando unos pidan buen tiempo y otros lluvia para asegurar la cosecha? ¿cómo se conservará el orden? ¿quién mandará?

Por atavismo, pues, se desvirtúan las ideas nuevas mal admitidas, por mal comprendidas, y continuamos bajo nombres nuevos y formas modernas los antiguos errores y las antiguas costumbres. Así tenemos que después de haber hablado tanto de la eficacia emancipadora de la asociación comentando la famosa excitación de Carlos Marx: «¡Trabajadores del mundo asociaos!» se ha empleado la asociación, no para reunir fuerzas para hacer posible la realización de nuevos ideales, sino para practicar más ampliamente arraigados vicios.

II

No soy censor; no acuso a nadie, persona ni entidad; me propongo únicamente dar un consejo; no tanto, un aviso; mejor dicho, ni eso siquiera, exponer una opinión, valga por lo que valiere.

Todo hombre y toda agrupación de hombres obra o determina su voluntad según los pensamientos que por reflexión, por observación, por adaptación, por necesidad o por sugestión se forman y persisten en su entendimiento. El trabajador que se asocia so pretexto de trabajar para su emancipación en unión con la de todos sus compañeros, si no ha comprendido el ideal, si no le siente, si sus coasociados se encuentran en el mismo caso, nada hará o muy poca cosa por él, y si no le retuviera alguna consideración distante del objetivo societario, como, por ejemplo: si se le obliga a ser socio para poder trabajar, si no quiere que se le califique de *esquirol*, pronto mandaría la sociedad a paseo. Por el contrario, si la sociedad tiene un buen local, café, mesas de billar, y amplio salón, puede pasar en él los ratos de ocio, consumiendo alcohol, o perdiendo el tiempo con el taco, las fichas o el libro de las cuarenta hojas.

¿Qué habremos conseguido con la asociación así entendida y practicada?, que el obrero no vaya a la taberna, mas no por aversión al alcohol y al juego, sino porque se ha formado la taberna colectiva, y siendo tan alcohólico y jugador como antes, es además tabernero.

Como ejemplo citaré este caso, que puede ampliarse y aplicarse, según las localidades: muchos centros obreros existen, creo que en la mayor parte sirve de cimiento, no la biblioteca, no la escuela, no el gabinete de lectura en alta voz, no la reunión periódica para la enseñanza mutua por la discusión de temas científicos, artísticos y económicos, sino el café ilustrado con fichas y naipes y en algunos con suplemento de billar.

Me han hablado de cierta sociedad cooperativa obrera que se halla instalada en espacioso local, que cuando la visita alguno de esos protectores que actúan a ratos perdidos de filántropos y sociólogos, se les enseñan los almacenes, el salón, el gabinete de lectura y la biblioteca y quedan admirados, o lo fingen, de ver tanta magnificencia; pero no saben, porque se les oculta con cierta socarronería, que gabinete de lectura y biblioteca, especialmente ésta, suelen estar desiertas cinco días a la semana, pero los sábados por la noche, y tarde y noche los domingos suelen llenarse de mesas en que se juega —hasta el nombre del juego parece un símbolo— pues se juega al burro.

Recuerdo que una noche, invitado a dar una conferencia por una importante sociedad obrera de resistencia, que reside en espacioso local, a mi llegada estaban todas las mesas ocupadas por gran número de trabajadores, cuya mayoría, después del café y copa y fumando sendos puros cuya humareda hacía la atmósfera irrespirable, jugaba a fichas y naipes con manifiesta satisfacción. Si eso de

la felicidad es una cosa relativa al estado de cultura de los individuos, tal vez aquellos trabajadores, algo cortos de alcances, gozarían tanto como gozarán en sus fiestas los de las generaciones ultrarevolucionarias. Me causó mal efecto; aquel salón era menos que un café y algo más que una taberna, pero lo cierto es que allí se envenenaba la gente con alcohol y tabaco y se atrofiaba el cerebro con el juego. Para empezar el acto fue preciso recomendar que no se jugara. Desempeñé mi cometido como pude, y al final leí un artículo que pronto había de publicarse en *Tierra y Libertad*, recomendando a las sociedades obreras la práctica de la lectura en alta voz, como necesidad para nuestra instrucción a la par que como dignísima recreación, abominando de fichas y naipes como perniciosos pasatiempos que prolongan nuestra esclavitud, ya que no sólo nos roban el tiempo necesario a las obras útiles, sino que menguan la inteligencia. ¡Trabajo inútil!, pocos momentos después todo el mundo jugaba como si tal cosa. De mí y de mi trabajo, como de las nubes de antaño.

Hay muchos centros de esos, y como los locales a propósito son escasos, la demanda los encarece, y los propietarios reciben en moneda contante y sonante grandes cantidades con que se regodean a nuestra costa y que, empleados, por ejemplo, en enseñar a leer a tanto analfabeto como corre por esos mundos, y en hacer una tirada enorme de algunas de esas obras maestras de enseñanza sociológica revolucionaria que yacen olvidadas entre las telarañas de las bibliotecas de los centros obreros, podrían despertar in-

teligencias y suscitar energías. Sí, compañeros, por vicio, por indolencia atávica, por pereza intelectual nos explota la burguesía hasta cuando nos asociamos en nombre de nuestra emancipación.

Un temor me asalta al llegar a este punto. ¿Y si huyendo de un escollo se cayera en otro? ¿Y si por evitar defectos atávicos de la asociación y organización fuéramos a la desorganización absoluta y por consecuencia a la insolidaridad y a la impotencia antiguas? La cosa es bien posible para los que caminan sin rumbo conocido hacia un ideal que sólo conocen de nombre; para los que teniendo costumbres serviles se humillan fácilmente ante los figurones que se presentan con señorial prestigio y con acento protector; para los que no habiendo desentrañado bien el significado de las palabras, el valor de los razonamientos ni la posibilidad racional del ideal toman como substancia positiva las falsificaciones de la elocuencia, por no decir de la charlatanería; no para los conscientes que forman la minoría pensante, activa y salvadora. Aparte de que a pesar de todos los atavismos, la evolución progresiva continúa, no retrocede jamás y hasta crea atavismos favorables a lo porvenir.

Se habla de Bolsas del Trabajo y de Casas del Pueblo, y justo es decir que esas instituciones pueden ser utilísimas, como medio de reunir y multiplicar pensamientos, aunar las voluntades y concretar en obras las energías de los individuos y de las colectividades, y con el pensamiento puesto en esos locales colectivos he censurado la multiplicidad de locales obreros existentes en muchas poblacio-

nes; pero a condición de que sean producto de asociación espontánea libre y francamente encaminada al ideal; no cuando son sugeridas por políticos que con un fin social aparente se convierten en artificios para el cultivo del elector.

Para formar opinión sobre este interesante asunto, o a lo menos para dar una orientación primaria susceptible de más detallado y concienzudo estudio, quiero exponeros un acuerdo del congreso socialista celebrado en Tours en Septiembre de 1892, a propuesta de los delegados de las Bolsas del Trabajo de Saint Nazaire y de Nantes, el cual puede orientaros cuando políticos disfrazados de sociólogos os hablen, en tono protector y como a menores necesitados de protección, de las indicadas instituciones.

Dice así el acuerdo:

Considerando:

Que la formidable organización social de que dispone la clase directora hace impotentes y vanas las tentativas pacíficas de emancipación verificadas hace ya medio siglo por la democracia socialista;

Que existe entre el capital y el salariado una oposición de intereses que la legislación actual, supuesta liberal, no ha podido o querido destruir;

Que después de haber hecho a los poderes públicos numerosos e inútiles llamamientos para obtener el dere-

cho a la existencia, el partido socialista ha adquirido la certidumbre que sólo una revolución podrá darle la libertad económica y el bienestar material conforme a los más elementales principios del derecho natural;

Que el pueblo no ha conquistado jamás ventaja alguna en las revoluciones sangrientas, de las cuales sólo se han beneficiado los agitadores y la burguesía;

Que, por otra parte, en presencia de la potencia militar puesta al servicio del capital, una insurrección a mano armada ofrecería a las clases directoras nueva ocasión de sofocar las reivindicaciones obreras en la sangre de los trabajadores;

Que entre los medios pacíficos y legales inconscientemente concedidos al partido obrero para hacer triunfar sus legítimas aspiraciones, hay uno que ha de apresurar la transformación económica y asegurar, sin reacción posible, el triunfo del cuarto estado;

Que este medio es la suspensión universal y simultánea de la fuerza productora, es decir, la huelga general, que, aun limitada a un período relativamente restringido, ha de conducir infaliblemente al partido obrero al triunfo de las reivindicaciones formuladas en su programa;

El Congreso regional del Oeste, reunido en Tours en 3, 4 y 5 de Septiembre de 1892, toma en consideración la proposición de huelga general presentada por el compañero Pelloutier.

Conste que esta cita, tomada de la *Histoire des Bourses du Travail*, se halla modificada por una nota en que el autor cree útil hacer observar que en 1894, dos años después, modifica algunas ideas, y que a la publicación del libro repudiaría algunos considerandos; mas como ello sería debido a haber progresado en sentido más radical, queda en todo su vigor el pensamiento antipolítico, antiprotector y antiservil que me ha inducido a dároslo a conocer.

III

El trabajo que llevo hecho hasta aquí requiere una especie de repaso a la argumentación que el proletariado consciente opone a los sofismas con que la burguesía quiere separarle de la buena vía, y al efecto, reforzando mi propio pensamiento tomo los pensamientos más culminantes de un trabajo de Juan Grave, titulado *La preparación del porvenir*, que circuló ya hace tiempo por la prensa obrera, y que merecen ser recordados y tenidos en cuenta como buenos materiales para la obra de reconstitución social que tienen a su cargo los desheredados de la sociedad presente.

Dícese: «De la sociedad actual no se pasará de un salto a la sociedad futura».

Dejemos a los reaccionarios y estacionarios que emplean ese argumento con el único propósito de aniquilar energías y dominar impaciencias revolucionarias, no hay para qué perder tiempo en refutar lo refutado por la lógica progresiva de la vida, y contestemos únicamente a los partidarios de las reformas:

Es posible que la revolución que haga desaparecer los últimos vestigios de la explotación y de la opresión, sea, por sí misma, imponente para crear el nuevo régimen social.

Admitamos que no se rehace completamente una sociedad con un trastorno revolucionario ni con decretos, y puede considerarse que si hombres de la actual sociedad, nosotros mismos, por ejemplo, fuéramos a establecernos en un país virgen, a la organización de la sociedad nueva llevaríamos los únicos materiales que tenemos, es decir, nuestras costumbres, nuestros prejuicios y nuestros pensamientos, vestigios todos de la sociedad abandonada.

Convengamos, pues, en que los que trabajan para reformar la actual sociedad tienen razón en decir que es preciso trabajar desde ahora en organizar grupos que preparen la sociedad futura.

Pero cuídese de que conclusión tan racional no sirva de base a un sofisma.

Sucede que los que *no quieren pasar de un salto a la sociedad futura*, adaptan una idea reformista a la sociedad presente, a ella dedican entendimiento y voluntad, y sobre ella crean intereses y el

consiguiente afecto, porque es verdad eminentemente psicológica que «donde está tu tesoro allí está tu corazón», y allí quedan intelectualmente encerrados y muertos.

Los sistemas de esos reformistas preséntanse ajustados a cierta lógica de aspecto irreprochable, pero, al coronar la obra, se viene abajo por el peso del absurdo que se les echa encima, dando idea del loco razonador de quien habla Cervantes al comienzo de la segunda parte de su *Ingenioso hidalgo*.

Ya reconocen y declaran, ante los apremios de la controversia, que sus sistemas son transitorios, que son el puente necesario para salvar el abismo que separa lo presente de lo futuro; pero desconocen u olvidan dos cosas importantísimas:

1.º Que en la evolución progresiva, si bien no se dan saltos, tampoco hay abismos que saltar con puentes oportunistas; porque la evolución es constante y no tiene solución de continuidad.

2.º Que los sistemas transitorios, por lo mismo que son racionalmente innecesarios, no pueden subsistir, que, una vez creados, se convierten en rémora y causan luego un mal infinitamente mayor que el beneficio que se creyó obtener con su planteamiento, y, por tanto, que lo mejor de todo es no crearlos.

3.º Entre los societarios resistentes los hay que estiran teóricamente la sociedad de resistencia más allá de lo que permite su natural elasticidad, dando suelta a la imaginación, y, halagados tam-

bién por los errores que por ignorancia o mala fe propagan candidatos políticos disfrazados de sociólogos, esperan convertir las actuales sociedades obreras en el núcleo de los grupos corporativos de la futura organización social.

Los societarios cooperativos esperan que las sociedades cooperativas de producción y de consumo sustituirán a los industriales y capitalistas; que de su seno salga la futura vida económica, y que en ellas adquirirá el obrero los conocimientos necesarios para la gestión de toda empresa, haciéndose así apto para emanciparse de los que le dominan hoy.

Pues, a mi juicio, unos y otros se equivocan.

Es evidente que las sociedades que no tengan más objeto que defender el salario, han de desaparecer cuando el salariado desaparezca, y las dedicadas a competir con los capitalistas, luchando con armas del mismo género, perpetuando sus errores y aun imitándolos, no pueden formar la organización social futura, toda vez que no son más que continuadores de esta misma sociedad destinada a desaparecer.

Puede admitirse que los asociados a ambos géneros de sociedades se educan y perfeccionan relativamente; que la influencia de esas agrupaciones facilita el paso a una sociedad mejor, y que si no es posible realizar de golpe el ideal, fuerza es acomodarse a míseras probabilidades; pero entiéndase bien, a condición de que ese acomodamiento no perdure, y sólo sea como el albergue de una

noche durante un viaje, que se abandona al día siguiente para continuar el camino, es decir, no tomando la posada transitoria como el término del viaje, sino reparando en ella las fuerzas para continuar con nueva energía.

Claro es que para realizar una reforma se necesita fe en su eficacia y en su utilidad; mas para no estacionarse en ella, para que la reforma transitoria no se corrompa adoptando forma definitiva, ha de haber también quien, partiendo de un principio fundamental de derecho, señale un ideal superior y definitivo que empuje a los rezagados, y que, si es preciso, pase sobre ellos.

En la actualidad son las sociedades obreras el único medio legal —cuando no lo destruye la arbitrariedad gubernamental— que se deja a los obreros para resistir las exigencias patronales, y sólo los apáticos e ignorantes en grado sumo desatienden ese medio de defensa, pero ¿de qué servirían esas sociedades en la sociedad del porvenir sin el salario, por haber desaparecido la explotación capitalista y haberse transformado la propiedad, y sin las especialidades técnicas de la actual división del trabajo por la aplicación de las máquinas y también por haber alcanzado su libertad el trabajador?

Hasta el día los trabajadores se han visto obligados a dedicarse durante toda su vida a una misma rama de la industria, pero en el porvenir ha de trabajarse de muy diferente modo, por dos razones: 1.º por el empleo de las máquinas, que reemplazarán, como lo están haciendo en el día en todas las industrias y por todas partes, la

mano de obra; 2.º porque en el porvenir, pudiendo el individuo dar libre curso a sus aptitudes por efecto de la enseñanza integral y de hallarse en libertad de dar amplio curso a su genio y a su actividad, no será especialista, y podrá ser a la vez industrial, artista, científico o agricultor (si no desaparece la agricultura según esta profecía de Berthelot: «en el año 2000 no existirá la agricultura, la química la habrá reemplazado»).

Por tanto, los grupos productores se habrán grandiosamente transformado: ya no vivirán atrofiados por el odio al explotador, la desconfianza y el temor hacia la autoridad, por el espectro de la miseria por falta de trabajo o de salud, y por todas las causas que deprimen y empequeñecen, sino que, libres los individuos, las agrupaciones, desconociendo por innecesaria la idea de defensa, se entregarán a las grandes iniciativas, hijas, tanto como de la necesidad de alcanzar las consiguientes satisfacciones materiales, artísticas e intelectuales, de conocer y admirar este mundo que habitamos y sus relaciones con el gran todo universal.

Veamos ahora respecto de las cooperativas.

Nos dicen los cooperativos que lo que origina la miseria es que los productos, antes de llegar a los consumidores, pasan por una turba de intermediarios que aumentan el precio para extraer un beneficio como pago de su trabajo, con lo que los productos aumentan en gran proporción.

Si los trabajadores se asociaran para producir y los consumidores para comprar, podrían eliminar los intermediarios, reducir el capital a la porción conveniente y dar a los productos el valor regularmente económico, con lo que se obtendría la abundancia para todos.

Aceptemos interinamente esa afirmación, y examinémosla.

Las cooperativas han dado sus frutos: por todas partes se han fundado asociaciones de producción y de consumo que no se hacen mutua competencia y se reparten el mercado; pero las disminuciones obtenidas sobre el precio de los artículos de consumo no han influido en los salarios. Los beneficios realizados por la supresión de los intermediarios han permitido una baja desprecios, que es una ventaja para el consumidor sin perjuicio para el productor; pero ¿qué cambio ha producido eso para los trabajadores?

Para dar respuesta satisfactoria, ha de profundizarse más que lo que profundiza el cooperativo en el estudio de la sociedad.

Si sólo se tratara de un mejoramiento parcial y relativo, el mejoramiento existe; mas si se atiende a la situación general del proletariado, al desenvolvimiento integral del individuo y a la práctica de la solidaridad, como ha de hacerse para dar al asunto verdadero carácter sociológico, tal mejora nada significa.

El vicio fundamental de la organización capitalista consiste en que se produce, no para satisfacer las necesidades del consumo, sino para obtener beneficios.

Si un individuo pasa su vida produciendo, por ejemplo, el mismo mango de cacerola por miles y miles de ejemplares, en limar millones de piezas del mismo modelo, es porque al fin de la jornada gana un salario con que comprar otros objetos que otros individuos fabrican en idénticas condiciones y con el mismo objeto.

La máquina que construyen los mecánicos de un taller no es útil hasta que llega a manos de quien la haga funcionar. El trigo que cultiva el labrador; el buey, el carnero, el cerdo que engorda el ganadero, no son artículos de consumo hasta que están en estado de ser consumidos; son valores de cambio que, en el estado actual, sólo conservan «todo su valor» a condición de que no abundan, porque la abundancia causa su depreciación en el mercado, mientras que la escasez los avalora, los «adineran» se dice en lenguaje mercantil.

Así vemos en nuestra sociedad cristiana, democrática y civilizada, en que se supone que todos somos hermanos, conciudadanos y cultos, morir materialmente de hambre, y si no por todas las enfermedades que produce la escasez, muchas personas por la estupenda razón de que los almacenes rebosan de artículos de consumo.

A esto responden los cooperativos: «Ese peligro no existirá el día en que todos los productores estén unidos, pues como todo productor es al mismo tiempo consumidor, la abundancia beneficiará a todos por igual».

Convenido; pero los cooperativos se tienen por prácticos, y rechazan el ideal anarquista por utópico, y lo consideran utópico precisamente porque su realización exige esa misma armonía que encuentran tan lisa y llana para coronar la cooperación. Y en tanto que los anarquistas, sabiendo que el individuo sólo obedece a los móviles que le incitan más directamente, y suprimen en su ideal social las causas de discordia que siembra la competencia entre los hombres, los cooperativos pretenden conducirlos a un estado armónico en que subsistan fraternalmente el lobo y el cordero, el ratón y el gato, el capital y el salario con todos sus accesorios.

¡Oh lógica cooperativa!

IV

El sólo hecho de establecer un salario para los que producen, da una ganancia ilegítima al capitalista y limita el consumo del productor, quien no puede salir del límite impuesto por el salario. Si se eleva el salario, los productos aumentan su precio de venta, total igual; y si se consigue por un artificio cualquiera disminuir el precio de reventa, ha de ser en un círculo estrecho y en perjuicio de otros. Los favorecidos habrán hecho un negocio de burgués, escaso siempre, porque no les permitirá adquirir libertad para elevarse a las grandezas del estudio y de la inspiración, pero a costa de los no favorecidos, a lo sumo realzando un poco el llamado cuarto estado, pero hundiendo en abismos de muerte a un quinto estado irredento, y la

unión fraternal cooperativa de que antes hablaba se desvanece como el espejismo del desierto.

Valga la siguiente comparación para el estudio del mecanismo de la producción y el cambio. Prescindiendo del estado actual de progreso de la fabricación en general, supongamos un zapatero que haga diariamente un par de zapatos, el cual le representa la posibilidad de satisfacer todas sus necesidades. En un estado social en que no haya valor de cambio ni capital, este zapatero, haciendo zapatos toda su vida, o desplegando su actividad en diferentes ramos de producción, poco importa, ya que producirá siempre el equivalente de su par de zapatos, tendrá la seguridad de encontrar, en las agrupaciones de que forme parte, cuanto necesite para vivir.

En la sociedad de capitalistas y asalariados no sucede lo mismo: nuestro hombre presentará cada día su par de zapatos; pero hay una turba de empleados necesarios para el régimen de la sociedad que en nada contribuyen a la producción general, y si las cooperativas nos libran de intermediarios, no nos quitan de encima el propietario del suelo, a quien se ha de pagar su renta; ni del capitalista, dueño de los medios de producir, que, por acesión y descontando el jornal, se lleva todos los productos del trabajo, ni de todo el personal doméstico afecto a su exclusivo servicio.

Con el cambio de productos hecho de modo mercantil, queda un personal de contabilidad, de vigilancia y de mando, que ha de sacar ración privilegiada, y queda además la caterva de funcionarios del

régimen político, jurídico y religioso, que no sólo no contribuyen a la producción sino que la dificultan, cuya ración es privilegiadísima.

Cada uno de esos parásitos extrae su parte del par de zapatos, y si a esa extracción se añaden los gastos de herramientas, amortización del capital, alquiler de locales, etc., veremos que al fin de la jornada el valor de un par de zapatos en que funda el zapatero su derecho a la vida queda roído, babeado, ensuciado y disminuido por toda la colección de parásitos que engendra el privilegio.

Y entonces se produce un raro fenómeno: por haber adquirido el par de zapatos un valor determinado antes de entrar en el almacén, no puede salir de él sino a condición de presentar en moneda el valor íntegro que se supone representa. Si ese valor fuera exacto, nada habría que decir; mi par de zapatos me reportaría su equivalencia en casa, comida, vestido, etc.; pero no es así, lo impide el agio y el recargo del consumo enormísimo de los parásitos, como acabamos de ver. Y no es esto solo; porque si el dinero empleado en fabricar esos productos volviera luego para su compra, el productor sería más o menos expoliado, y aún podría pasar; pero no es así: una parte de ese dinero sirve para el negocio, otra se acumula en economías, otra se destina a saldar el mayor valor que adquieren ciertos productos por múltiples causas, la moda, la escasez, el agio ya indicado, etcétera, y ciertos terrenos por acumulación de población; de modo que el triste par de zapatos, y como él todos los productos de la industria, quedan almacenados, y si el

mercader avisa que no necesita tantos zapatos, que no vende, que pierde, la zapatería, y con ella todas las industrias similares, quedan paralizadas y los trabajadores que las ponían en marcha quedan en plena miseria.

Esas paralizaciones por crisis de sobreproducción son frecuentes, y, a pesar de su gravedad, permiten prolongar algo pacientemente la agonía de los arrojados del banquete de la vida, esperando que pase la crisis, que se abra el mercado, que se renueven los pedidos, que se abran las fábricas, y entre tanto que se abran obras públicas; pero la paralización causada por la anulación de los oficios, porque al artesano sustituye la máquina que toma por una parte la materia prima y suelta por otra el producto elaborado, esa no tiene remedio, y al final ambas clases de paralización se confunden en una, ya que el mecanismo que reemplaza al tecnicismo obrero cunde cada vez con mayor potencia, hasta el punto que las estadísticas que lo consignan causan horror, de las cuales, ya que no es pertinente aquí un detalle, os daré una síntesis: recientemente, como ya he manifestado en otras ocasiones, se ha declarado que en Francia sobran cinco o seis millones de trabajadores. Declaración terrible, fundada por una parte en los hechos y por otra en que en la república francesa, como en todas las naciones modernas, repúblicas o monarquías, sólo el patricio es hombre y ciudadano; el trabajador, el plebeyo es el esclavo modernizado. Por eso se ha oído sin que nadie se escandalice semejante atrocidad anti-

social en una nación que, después de una gran revolución, dio una declaración de derechos cuya síntesis es esta:

Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos.

El objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre.

Hablemos un poco del derecho, abstracción que suele tener más arraigo en los intereses y en las preocupaciones que en la lógica; y no será tiempo perdido, porque a medida que el societarismo, y a su remolque el proletariado en general, vaya dirigiéndose más directamente hacia su emancipación, más trabajará la burguesía liberal, convertida en disimulada rémora, en desviarle de su objetivo. Para lograrlo no faltan medios: al socialismo acuden los exitistas de levita y de blusa, unos porque no encuentran sitio entre los políticos de oficio, otros porque se creen con aptitudes sobresalientes, y unos y otros oponen el derecho del trabajador a la idea de fuerza, a la noción de energía, a la concepción realista y positiva de la lucha de clase.

¿Qué representa, qué valor tiene la idea del derecho en la inteligencia y en la voluntad de los hombres, qué eficacia es la suya?

Pues no pasa de una creencia, de una ficción comunicada a la mentalidad atávicamente religiosa del trabajador, de una idea metafísica, es decir, fuera de la física.

Así sucede que seres que gimen en los presidios capitalistas, que creen que tienen de su parte el Derecho y la Justicia; es decir, que son víctimas, pero que un juicio supremo —que si no es Dios, es la Razón, el Progreso, la Opinión, la Humanidad y para muchos cándidos la República— dará un día un veredicto en su favor; son los que así toman esas abstracciones, pobres, vencidos, inútiles para la lucha; porque, inconscientes de su voluntad y de su fuerza, han perdido su capacidad virtual y se abandonan resignados a una loca esperanza, que es lo mismo que someterse voluntariamente a sus explotadores y tiranos; para gentes así se inventó aquel refrán: «fíate de la virgen y no corras».

La Legalidad y la Revolución son dos enemigas históricas, la una retiene, otra empuja mediante una aspiración-guía y una fuerza suficiente; pues, fuerza es declararlo, la noción de fuerza es poco consistente aún, y lo demuestra el predominio de la nota quejumbrosa en las manifestaciones de gran parte de los trabajadores, y los fracasos o triunfos de escasa influencia en el movimiento huelguista.

Por eso ha tenido aún masa proletaria votante, paciente y esperanzada el partido republicano; por eso hay todavía electores entre los obreros asociados que esperan que el hombre que les ha maravillado por su elocuencia, por su actitud artística en la tribuna, por sus retumbantes frases en el diario, les conducirá a la tierra prometida; que una mayoría suya en municipios, diputaciones, parlamen-

tos y en los ministerios les darán cuanto necesitan. Infelices hambrientos que piden el pan suyo de cada día, no sólo a quien no puede ni quiere dárselo, sino olvidando que el pan en la sociedad presente se compra con dinero o con honra.

Ese neo-cristianismo, esa religión de la bondad gubernamental, fomentada por la democracia en la oposición, esperando llegar al poder para imitar las actuales crudezas autoritarias, debilitan al proletariado, y esa debilidad es ya la única fuerza moral de la burguesía.

Entretanto se procura el olvido de aquel gran aforismo de la Internacional «La emancipación social de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», y no puede ni debe olvidarse, porque significa, no una exclusión de quien quiera que, viniendo de las esferas del privilegio, tenga exacta conciencia y venga a ser un hombre junto con los otros hombres, sino principalmente que cada uno ha de hacer su revolución propia, dentro de sí mismo, desechando el hombre viejo, servil y crédulo para reemplazarle por el hombre nuevo, digno y racional que no quiere ser socialmente menos que nadie y que aspira a ser igual a todos.

V

¿Queréis una comprobación y una confirmación de cuanto llevó manifestado, a la vez que la exposición del resultado de dolorosa experiencia obrera, que puede servir de saludable enseñanza? Pues ved el manifiesto que grandes agrupaciones de trabajadores

de los Estados Unidos acaban de publicar convocando un congreso obrero. ¡Trabajadores políticos! ¡Trabajadores republicanos! fijaos bien en lo que dicen hermanos nuestros en la explotación y en la esperanza ideal, después de más de un siglo de práctica de república democrática federal, en la república modelo, en la gran República Norteamericana, y aprended por dignidad vuestra, por amor de vuestros hijos, por respeto a la verdad, las grandes enseñanzas que se desprenden de la experiencia de los esclavos de los millonarios en el país que ostenta como símbolo la estatua de la libertad iluminando el mundo.

Dice así el manifiesto;

Las agrupaciones y las relaciones sociales son el reflejo de las condiciones económicas e industriales. Los hechos dominantes de la industria actual son: por una parte el reemplazo del oficio por la máquina; por otro el aumento de la potencia capitalista por la posesión y la concentración de los instrumentos de producción y de distribución de las riquezas.

Como consecuencia de estos hechos, las divisiones, entre obreros y la competencia entre capitalistas tienden a desaparecer por igual, y la separación de clases se hace más marcada y el antagonismo se vuelve más agudo. Cuerpos de oficios enteros se sumergen en la servidumbre común en que yacen todos los trabajadores que

actúan como servidores de las máquinas; nuevas máquinas reemplazan a las antiguas, haciendo inútiles otros muchos grupos de trabajadores, arrojándolos a la masa cada vez mayor y horriblemente grande de los sin-trabajo y de los sin-esperanza.

Desde que la herramienta mecánica reemplaza la competencia del hombre, el capitalismo no alquila al obrero más que durante el período más productivo de sus nervios y de sus músculos, y en cuanto no puede ya producir el máximo de beneficio, ¡a la calle! ¡al montón del material inútil, como si fuera hierro viejo!

De ese modo ha podido trazarse en el cuadro de la vida la verdadera curva de la muerte y señalar la edad en que ha de cumplir «la sentencia de muerte industrial».

El obrero está hoy completamente separado de la tierra y de la herramienta, y se halla confundido en la masa uniforme de los esclavos del salario; su habilidad profesional, completamente inútil, ha quedado sin valor; disminuye su salario, mientras sus horas de trabajo aumentan, al paso que por la acción acaparadora de los *trusts* aumenta siempre el precio de los artículos de consumo.

Obligado a cambiar de residencia para buscar trabajo, ya no tiene hogar; desprovisto de toda protección, está obligado a someterse a todas las humillaciones que sus

amos quieren imponerle, y está sometido a una esclavitud mucho más estrecha, minuciosa y vejatoria que la de los tiempos pasados.

Los trabajadores no se clasifican por oficios sino por las máquinas a cuyo servicio están destinados. Unidos los capitalistas en su «Sociedad de empleadores», es decir, de hombres que emplean o alquilan hombres, tratan de reducir por medio de los tribunales y del ejército toda tentativa de reivindicación obrera.

O bien, cuando el método les parece más ventajoso, ocultan su puñal bajo el manto de asociaciones tales como *Civic Federation* y se burlan más a sus anchas de sus explotados.

La táctica seguida por los burgueses empleadores en esa guerra al trabajador, corresponde a su solidaridad en la concentración industrial; en tanto que la de los obreros organizados se inspira todavía en el antiguo y ya desaparecido antagonismo de los oficios, sistema degenerado y corrompido, que no ofrece ya más que una lucha para obtener paliativos y reformas anodinas.

No tiene por objeto la posibilidad de una democracia industrial, libertada del salario y en que los instrumentos de trabajo y las materias primas, lo mismo que todos los productos, pertenezcan a los mismos trabajadores.

Una organización combate a otra, unos detestan a otros, y de esa manera, atados de pies y manos, somos entregados a los capitalistas. La envidia y el particularismo de los oficios engendra el monopolio de las corporaciones, entretenido por precios exorbitantes de admisión, con la ignorancia general de los obreros y la discordia en el taller, en la mina y en la fábrica.

Las uniones de oficios sirven hoy para ayudar a los explotadores en el establecimiento de los monopolios y en la alza de los precios. De ese modo se emplea una agrupación de trabajadores para hacer a las otras agrupaciones más difíciles las condiciones de la existencia.

Esa misma división de los oficios se opone al desarrollo de la solidaridad y de la conciencia de clase entre los trabajadores, a la vez que acredita la falsa idea de una concordancia de intereses entre el explotador y el explotado, y permite la unión entre capitalistas y jefes obreros en esa *Ciivic Federation*, por ejemplo, donde se forjan proyectos para la perpetuación del régimen burgués y la eterna esclavitud de los trabajadores en la ignominia del jornal.

No copio más, lo que sigue referente al programa que ha de desarrollar al congreso obrero que en el manifiesto se convoca, son ideas que nos son conocidas y tienen además carácter aplicable a las condiciones económicas especiales de aquel país; pero lo copiado sirve

perfectamente a mi objeto y apoya, con el crédito del saber y de la experiencia de muchos obreros norteamericanos, lo que si fuera dicho por mi propia cuenta parecería exageración sectaria.

Ved bien patentemente demostrado mi tema: hay una rémora societaria que ha de destruirse para que la asociación produzca sus naturales y racionales resultados.

Mi demostración va acompañada de la lección que dan a los obreros políticos de España los obreros de los países que resultan víctimas de aquello que desgraciadamente tienen aquí muchos por ideal salvador, a pesar de los chascos que da cada embaucador engrandecido, y de los consejos dados incesantemente por los que han acusado siempre a la política de charlatanería y han presentado el carácter científico de la sociología.

VI

En resumen: El proletariado tiene sobre sí la grave, la trascendentalísima misión de continuar la historia de la humanidad: la nobleza, muerta ya, porque los actuales nobles no son más que burgueses con títulos nobiliarios, y la burguesía, su heredera, se han estancado en el pantano del goce. Ya no avanzarán, no tienen objetivo en lo porvenir; el presente es su vida.

Los trabajadores, por el contrario, tenemos un infierno de dolores en el presente, el porvenir nos convida con la paz, con el goce, pero con el goce sin víctimas, con el goce sin enemigos, con el

goce sin temor ni remordimiento, y a ese porvenir vamos con todo el que, despojándose de preocupaciones de clase superior, quiera progresar con nosotros. Pensemos que el capitalismo, absorción de la riqueza social consiguiente al concepto legal de la propiedad, subsistente aún desde remotos tiempos, según el cual el propietario es dueño de los bienes y, por accesión, lo es también de los frutos naturales y del producto del trabajo del asalariado, no puede salir de la aberración mental o sea el error jurídico y político en que se halla empantanado. Incapacitado para progresar, toda su filosofía, descartando el fárrago mentiroso de su palabrería, se reduce a este pensamiento pancista: «No debe transformarse la propiedad... porque nosotros somos los propietarios».

En cambio nosotros, impulsados por la necesidad de vivir; por el anhelo de alcanzar nuestra dignificación, por la necesidad de saturarnos de la riqueza social que forma el patrimonio universal inicua-mente detentado por los privilegiados, usurpación consagrada por todos los códigos y conservada por todos los Estados, vamos a la universalización del goce por la universalización del deber.

Pero si por falta de constancia y de energía os aburguesáis con vuestra miseria en el vicio; si os dejáis dominar por la rémora societaria, falláis, a costa de vuestros sufrimientos, al más elemental de vuestros deberes.

Si además de eso aceptáis un mentor, un jefe, un director, un protector que piense por vosotros, que os dicte órdenes o que os

pida votos, pensad que retrasáis el progreso, el bien, el gran bien que la humanidad espera de nosotros, ya que nosotros los trabajadores somos los esencialmente progresistas, mientras que el progreso que proviene de la burguesía es accesorio y accidental.

Y no sólo retrasáis el progreso sino que afirmáis vuestras cadenas declarándoos ínfimos, deficientes, menores protegidos, inferiores, votantes, y dais sanción y por añadidura gratitud a los usurpadores.

Quizá penséis al terminar mi trabajo que si he señalado una desviación no he indicado los medios de corregirla. No quiero dar ocasión a que una opinión mía que puede parecer una censura sea contestada con otra censura. Subsantaré mi falta para terminar.

Si un viajero sigue su camino y al llegar a cierto punto se desvía, en conociendo su error, al ver que persistiendo en él no puede llegar nunca al punto de su destino, ¿qué remedio le queda? Pues, sencillamente, volver atrás, tomar de nuevo la buena vía y emprender otra vez la marcha.

La Internacional sentó unos principios que el proletariado ha ampliado progresivamente, vuelvan a ellos los desviados, desanden lo andado por la mala vía, refrenen sus atavismos antisociales y viciosos, renuncien a practicar como un bien lo que la experiencia demuestra que es causa eficiente del mal, desoigan al político de oficio y acepten de lleno la idea emancipadora, que ella les inspirará y dirigirá convenientemente sus iniciativas y sus energías.

BIBLIOTECA
de la
Agrupación Sindicalista

1. - *Remora Societaria*

por Anselmo Lorenzo. 15 cénts.

A los corresponsales se les hace el 33 por ciento de rebaja.

PAGO ANTICIPADO

Toda la correspondencia diríjese a

JOSÉ FERNÁNDEZ

Calle Nueva de Junqueras, 50.— SABADELL